



IV
DIABLO
LORD OF HATRED

PESADILLA
ALADA

LORATH

DE
JONATHAN MABERRY

HISTORIA
JONATHAN MABERRY

ILUSTRACIONES
LINDSAY KERNER

EDICIÓN
MEGAN WALKER

DISEÑO
SOPHIE ERB

DIRECCIÓN ARTÍSTICA
ALEX CRESWICK

ASESORAMIENTO SOBRE LA HISTORIA
IAN LANDA-BEAVERS

ASESORÍA CREATIVA
MATT BURNS, CASSIEL CHADWICK,
CHLOE FRABONI, ZAVEN HAROUTUNIAN,
DAVID LOMELI

PRODUCCIÓN
HANNAH MATTISON, BRIANNE MESSINA,
TAKAYUKI SHIMBO, JT TORREA, TRACY WANG

TRADUCCIÓN
ALICIA SUÁREZ PORTA,
MARÍA GARRIDO DE VEGA



© 2026 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o artista o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es mera coincidencia.

Blizzard Entertainment no controla y no asume responsabilidad alguna de los sitios web del autor o de terceros, ni de su contenido.



Presta atención, pues soy la reina del Oráculo. En mí está saber lo que es, lo que ha sido y lo que será.

Los sueños son la entrada a la mente dormida, ese oscuro lugar donde ventanas y pasajes cerrados no pueden detener la inminente verdad.

En sueños planeamos y esperamos, conspiramos y creemos... y nos despertamos pensando que hemos resuelto todos los dilemas, que hemos desvelado todos nuestros secretos.

Ah, cómo se deleita el universo con tal fe. Como si la melodía de un esperanzado soñador pudiera imponer su voluntad en el mundo real.

Mas la verdad no se revela en los sueños. No, la verdad aguarda en las tenebrosas galerías cubiertas de telarañas de las pesadillas.

Y tiene un precio.

Ah, sí, y qué precio...





LORATH

Lorath iba adonde la noche lo empujara, algo que no era nada agradable. Con cada paso que daba, sabía que le estaban siguiendo.

No se sentía perseguido, pues la figura que se ocultaba tras las sombras no parecía querer atraparlo. Era más que la *cosa* le daba tanto miedo que era él el que huía. Su arma de asta siempre estaba lista, pero nunca se atrevía a blandirla por miedo a descubrir que a su persecutor no se le podía dar muerte.

Mas Lorath no era un cobarde. Había sobrevivido a muchas batallas, pero esto... *Esto...* era diferente.

Continuó con su huida, así como llevaba días haciendo, tambaleándose de sueño hasta que llegó a este pueblo. Entró en la primera posada que encontró. Su puerta era pesada, hecha de roble con bandas de hierro.

La sombra no entró y, por un momento, se sintió esperanzado. ¿Se habría ido? ¿Sería un viajero normal que seguía el mismo camino? Mentira a mentira se fue convenciendo para tratar de convertir el terror en un malentendido. Entonces..., cuando se preparaba para acomodarse entre las pieles de su angosta cama, miró una última vez hacia la ventana como para demostrar que sus miedos eran infundados.

Estaba ahí. En la acera al otro lado de la calle; algo indefinido, negro como las sombras bajo los aleros. Lorath no distinguía rostro alguno, ni un ápice de piel ni una espada, solo oscuridad.

Que esperaba.

Lorath no tenía fe, no tenía luz ni nadie a quien rezar. No había santos que le escucharan. Aun así, desvió su mirada de la *cosa* para posarla en la pálida e indiferente cara de la luna y pronunció una sola palabra.

—Por favor.

Pero no sabía a quién o qué rogaba.

Se fue a la cama a sabiendas de que no estaba a salvo. Todos a los que había fallado aparecieron en su desasosiego. Amigos, aliados..., todos los que habían confiado en él poniendo en peligro su vida y su destino lo encontraron, y se agruparon a su alrededor cual manada de asesinos. Lo apuñalaron con palabras en vez de cuchillos, y, aunque suplicó clemencia, no le fue concedida.

Lorath no recordaba cuándo se había levantado de aquel descanso inútil, pero se

vistió y volvió a salir para abrazar la noche. Era como si su cuerpo se hubiera despertado antes que su mente, y cuando recuperó la conciencia, ya se encontraba a las afueras del pueblo, con la desconocida tierra virgen al otro lado. Los edificios eran viejos y estaban extrañamente inclinados, como si hubieran crecido allí en lugar de haber sido contruidos. Los bordes estaban blandos por el moho y las tejas colgaban de sus últimos clavos oxidados. Las contraventanas se abrían y cerraban estrepitosamente, como los pulmones de una bestia moribunda. Las ventanas más altas estaban en su mayoría sumidas en la oscuridad, salvo por unos pocos cristales en los que unos desesperados destellos amarillos delataban a alguien acurrucado en el interior tratando de extraer calor de donde parecía no haberlo.

—Ayuda —murmuró a una calle vacía; sus palabras suaves a la par que demasiado fuertes, demasiado groseras y discordantes. Solo el cielo le escuchaba, y se derrumbó bajo el peso de su indiferencia. No era amigo suyo, aunque en otro tiempo había prosperado en su seno. Sus hermanos, los Horadrim, nunca habían temido a la noche. Habían sido antorchas de verdad y fuerza que ardían en la oscuridad. Su llama había ardido con fuerza, y, bajo su resplandor, los Horadrim habían alzado sus bastones y pergaminos para defender Santuario.

Anhelaba la luz de esa llama. Anhelaba su calor.

Lorath no necesitaba darse la vuelta para ver si la criatura sombría le seguía.


—Por favor —suplicaba de nuevo, quizás a la mismísima noche. No tenía ni idea, así que siguió adelante.

Los pies le pesaban, como si estuvieran extrañamente cargados y deformados. Las suelas de las botas se tropezaban en cada adoquín, en cada bordillo, incluso en los bordes de las sombras. Se inclinó para protegerse del viento, pero no había ningún ángulo en el que pudiera librarse de él.


Lo que lo perseguía parecía emanar su propio frío, enviándolo como oleadas de caballería para cazarlo y acuchillarlo con espadas de hielo.

—*Déjame en paz* —gritó, y al girarse vio que la figura estaba impertérrita.

En su siguiente grito no emitió palabra alguna, solo un sonido de miedo y desesperación, y trató de apurar el paso. Trató. Sin éxito. El viento ululaba con tanta fuerza que parecía invadirlo y hacía que Lorath olvidara cuánto tiempo llevaba expuesto a ese terrible frío. Cuando se detenía, aferrándose al marco de una puerta o un amarradero mientras luchaba por insuflar calor a sus pulmones helados, miraba a



ANTE ÉL, RETORCIDO
ENTRE LOS RESTOS
CUBIERTOS DE CENIZA
DE UN BOSQUE
QUEMADO, SE ALZABA
UN SOLO ÁRBOL VIVO.
DE ALGUNA MANERA,
AUNQUE IMPOSIBLE, SU
DEAMBULAR LO HABÍA
LLEVADO AL ÁRBOL
DE LOS SUSURROS.



su alrededor con ojos desorbitados. La gente salía de la penumbra y pasaba a su lado. Algunos lo miraban con miedo y apretaban el paso. Otros se burlaban, como suele ocurrir cuando la gente se encuentra con alguien que ha caído en desgracia. Algunas caras le resultaban familiares, pero no estaba seguro de si su juicio se había visto afectado. Vio a otros Horadrim, pero todos portaban las marcas de las heridas —hojas, garras o hechizos— que los habían matado.

¿Se trataba de algún tipo de magia? ¿Lo estaban engañando con un hechizo?

Siguió caminando, dejando atrás el pueblo mientras subía por las colinas y se adentraba en oscuros cañones. Entonces, una impactante revelación lo dejó paralizado y se detuvo, tambaleante y boquiabierto; apenas era capaz de respirar por lo que había visto. Algo que no podía estar ahí. Algo que sabía con seguridad que se encontraba muy muy lejos.

Ante él, retorcido entre los restos cubiertos de ceniza de un bosque quemado, se alzaba un solo árbol vivo. De alguna manera, aunque imposible, su deambular lo había llevado al Árbol de los Susurros.

Retrocedió. —No —gritó—. No puedo estar aquí. No puedo haber llegado *tan* lejos.

El viento de medianoche se burló al pasar junto a él.

Lorath miró a su alrededor con desesperación.

¿Por qué aquí? ¿Y por qué ahora?

¿Acaso no se había entregado a este árbol a cambio de un camino que llevó a la derrota de Lilith? Sí, pero las cosas solo han ido de mal en peor. Mefisto, el Señor del Odio, ha sido liberado. Tanto sacrificio y ahora las cosas han empeorado.

Hasta niveles inimaginables. Pues el alma del mal vagaba por el mundo. Sentía el peso incalculable que lo arrastraba mientras daba pequeños pasos hacia ese árbol.

Se dio la vuelta y vio que la figura sombría aún se encontraba allí. De pie, a cien pasos de distancia, con su capa andrajosa ondeando al gélido viento.

—*Me ha traído hasta aquí* —pensó.— *Me ha hecho venir a este sitio terrorífico. ¿Pero por qué? ¿Qué querrá de mí?*

Sobre su cabeza, las nubes se abrieron para permitir que la luna derramara su luz sobre el lugar donde se encontraba. Lorath sentía que su corazón latía como puños fríos contra las paredes de su pecho. La realidad yacía en trozos sangrientos a su alrededor. Se percató de que estaba en una llanura de hierba gris marchita que parecía perpetuamente retorcida y congelada en formas dolorosas. Ciempiés grisáceos

se arrastraban entre la maleza con lentitud agonizante. Setas grandes como escudos se inclinaban retorciéndose sobre sus tallos hinchados. Y el cielo era del color de una magulladura reciente.

El Árbol de los Susurros se alzaba ante él con sus artríticas ramas extendiéndose en todas direcciones. De cada una de sus muchas ramas colgaban frutos grotescos, grandes como calabazas, vagamente redondos y espantosos.

—¡Ah, ya ha llegado el viejo y solitario Lorath! —*dijo una voz.*

Se volvió, esperando al principio que esa voz proviniera de su persecutor sombrío, pero en lo más profundo de su corazón *sabía* que la voz venía del más cercano de aquellos abominables frutos.

No eran frutos, lo sabía, ni siquiera una calabaza.

De cada rama colgaba una cabeza humana. No cabezas de muertos ensangrentadas, cual trofeo, sino de *vivos*. Formaban parte del Árbol de los Susurros. Eran sus lenguas caducas las que hablaban. Y Lorath creía saber por qué.

—No —protestó—, aún no ha llegado mi hora. La guerra no ha acabado.

Las cabezas colgantes se burlaron de él con una cruel carcajada. De la boca les brotaba sangre y de sus ojos, lágrimas escarlata.

—*¿Todos han abandonado a Lorath?* —susurró otra.

Una tercera le dijo con desprecio: —*Contemplad a aquel que falla a todos los que se cruzan en su camino.*

Lorath se tapó los oídos con las manos. —No es verdad —tartamudeó.

—*Díselo a todos a los que dejaste atrás* —gritaron las cabezas.

—¡No! He mantenido mi juramento.

—*Dile eso a Donan* —se burló una de ellas.— *Pues le fallaste.*

—*Díselo a Neyrelle o a Tyrael* —se mofó otra. Y así sucesivamente, con los ojos abiertos y sus bocas vomitando voces inquietantes. Lo despreciaban por sus fracasos, contándolos, obligándolo a recordar a cada persona cuya vida se había derrumbado por su mal juicio. Por su arrogancia y autosuficiencia. Aquellos que habían creído en él exponiéndose al riesgo y la perdición.

Tras él, Lorath podía oír a la criatura oculta acercarse. ¿Qué era esa cosa? ¿Era la ira manifiesta de todos aquellos a quienes había hecho daño? ¿Era la sombra de las muertes que había causado? ¿Aquellos a quienes había abandonado? ¿Las vidas que había arruinado?



No sabía por qué, pero Lorath sentía que estaba en lo cierto. Se vio atrapado entre las consecuencias de sus actos y la certeza de su inminente perdición.

Aun así, encontró un atisbo de valor en su alma magullada. —No —clamó a las cabezas y al fantasma.— Os digo que me he *enfrentado* a la oscuridad...

—*Díselo a Elías* —se burló otra cabeza, y cuando Lorath la miró, para su horror, se trataba del mismo Elías. Su cabeza, con el cuello desgarrado y ensangrentado. Elías le acusaba con ojos ardientes.

—Por favor, escúchame —imploró Lorath.— Me he esforzado al máximo para...

Cada uno de los innumerables horrores lo acallaban, golpeándolo con la misma acusación amarga. —*¡Díselo a Neyrelle!*

—¡No, no, *noooo!* —Lorath les gritó que se callaran, que le escucharan.

Que tuvieran compasión.

Las cabezas se callaron, pero Elías lo atravesaba con la mirada. —*Oh... no te preocupes, Lorath. Tus decisiones te pasarán factura muy pronto.*

—No, por favor..

—*Estarás aquí pronto.*

—Por la justicia que queda en este mundo, no.

—*Aquí conmigo..., con todos nosotros...*

—¡No, no, no!

—*Pronto* —susurró Elías.— *Muy pronto... Mira...*

A pesar del creciente terror que sentía en su pecho, Lorath miró. Sabía que no debía hacerlo, que nada bueno podía ocurrir, pero miró de todos modos. Y allí, colgando de una rama por debajo de todas las cabezas, Lorath vio el fruto más espantoso meciéndose al gélido viento.

Vio su propia cabeza. Colgando con la boca abierta, la piel grisácea, los ojos llenos del terror absoluto del fracaso total. Lorath se volvió y vio cómo el espíritu de la venganza levantaba los brazos y luego explotaba, desintegrándose en una bandada de cuervos negros como la noche. Se abalanzaron sobre él, golpeándolo y obligándolo a ponerse de rodillas.



Lorath salió gritando de ese horrible lugar.

Atravesó gritando los mundos de la oscuridad.

Gritó hasta despertarse en la cama de la triste posada en la que había estado todo el tiempo.

Se giró y vio un cuervo posado en el alféizar de la ventana. Sus ojos eran de una negrura intensa y, sin embargo, parecían arder con un fuego frío.

Lorath cogió el cuchillo que tenía debajo de la almohada y se abalanzó sobre la criatura, apuñalándola con tal odio y miedo que la hoja se clavó siete centímetros en el alféizar.

Pero el ave huyó hacia la noche.

Al desplomarse, un ruido quedó flotando en el cielo de la medianoche. El sonido del graznido del cuervo burlándose como si se riera. Lorath creyó sentir el calor del fuego y el hedor del azufre, como si el infierno le hubiera lanzado un beso.



Ahora lo ves.

Nadie, ni erudito ni reina ni guerrero, es dueño de su alma. Nadie se libra de las consecuencias del saber. A todos nos atormentan nuestros actos. Cada elección nos ha impulsado a seguir nuestro camino. Cada decisión, por mucho que pensemos que es justa, corta como un cuchillo. Por esas heridas sangran nuestra esperanza, nuestra pureza. Con cada herida, invitamos a la corrupción a invadir nuestra carne y sangre.

Y aun así...

Algunas mentes son más difíciles de corromper. Para bien o para mal... ¿Quién sabe?

Me despierto de mis propios sueños..., mis propias pesadillas. Mis ojos se apartan del terror; no obstante, sigo viendo. Sigo *sabiendo*. Las palabras se me escapan de los labios.

—Algo se aproxima —digo—. Fuera, en los árboles, mil aves nocturnas graznan aterrorizadas. —Algo terrible... se aproxima...



BIOGRAFÍA DEL AUTOR

JONATHAN MABERRY es un autor superventas del *New York Times* galardonado cinco veces con el premio Bram Stoker, cuatro veces con el premio Scribe y una vez con el premio Inkpot; ha escrito más de cincuenta novelas y editado treinta antologías. También es escritor de cómics, poeta, productor ejecutivo y profesor de escritura. Sus libros de *V-Wars* se convirtieron en una serie original de Netflix; su novela *Ruina Y Putrefacción* está en fase de desarrollo para una película con Alcon Entertainment; y sus novelas de suspense de *Joe Ledger* están en proceso de adaptación para televisión por Chad Stahelski, director de las películas de *John Wick*. Escribe obras de terror, ciencia ficción, fantasía, aventura y suspense, entre otros géneros. Es presidente de la International Association of Media Tie-In Writers y editor de *Weird Tales Magazine*. Para consultar más información, visita jonathanmaberry.com.